

Elena Poniatowska



La “Flor de Lis”



Ediciones Era

La "Flor de Lis"



LO MEJOR DESDE 1918
CALLE DE HUICHAPAN NO. 17
COLONIA HIPÓDROMO-CONDESA



Se hacen tamales de mole, chile verde
y rojo, todos con pollo.

También de dulce.

Se sirve chocolate, atole de fresa,
vainilla con canela, champurrado.



Tamales oaxaqueños sobre pedido.
Se atienden Bautizos, Confirmaciones
y Primeras Comuniones.
Precios especiales por mayoreo.
Servicio a domicilio



SALÓN PARA FAMILIAS



Domingos, antojitos mexicanos.
Se visten Niños Dios.



*Atención personal para nuestra estimada
clientela de don A. Andrade Marroquín*

La veo salir de un ropero antiguo: tiene un camión largo, blanco y sobre la cabeza uno de esos gorros de dormir que aparecen en las ilustraciones de la Biblioteca Rosa de la condesa de Ségur. Al cerrar el batiente, mi madre lo azota contra sí misma y se pellizca la nariz. Ese miedo a la puerta no me abandonará nunca. El batiente estará siempre machucando algo, separando, dejándome fuera.



“La señora duquesa está servida.” La señora duquesa es mi abuela, los demás también son duques, los cuatro hijos: Vladimiro, Estanislao, Miguel, Casimiro, y sus cuatro esposas: la duquesa Alejandra, la duquesa Ana, la duquesa Constanza, la duquesa Luz. Diez duques y sus hijos los duquesitos, y mi hermana y yo las recién llegadas. Duque, duque, duque, duquesa. A la hora del café en la biblioteca, cuando el chef presenta el menú del día siguiente a la aprobación de la duquesa grande, los saluda en ronda: “Bonsoir, chef”, salvo la más joven que se distrae: “Bonsoir, duc”. Un duque más con su gran bonete blanco como el gorro de cocinero en los grabados de la condesa de Ségur.

Para llegar al comedor atravesamos un salón. En un cuadro enorme que ahora sé es de Hundercutter veo un pelicano, un guajolote, varios patos, perdices que cuelgan de un lazo, unas gallinitas de Guinea acebradas. En otro cuadro se asoma un mendigo. Los demás no me impactan, sólo ese mendigo con unos cuantos pelos en la barba y su expresión feroz e implorante bajo la frente vendada. Alarga su mano velluda, me persigue, va a tomarme del cuello.

Frente a cada lugar el menú escrito con plumilla, los pleins y los déliès que habré de aprender más tarde en l'École Communale y cuestan tanto trabajo porque al principio la gota de tinta es siempre demasiado gruesa, y ¿cómo se controla una gota de tinta, una gota de jugo, una gota en la barba, una gota que cae sobre la falda, una gota de sal sobre la mejilla? Ni mi hermana

ni yo decimos pío. “Children should be seen and not heard”, advierte mi abuela Beth. Es norteamericana, habla mal el francés, dice la fromage, dice le salade, dice le voiture. En la noche lee el *National Geographic Magazine*. Mi abuelo de bigotes colgados y entrecanos los limpia en un sillico que nos traen a la hora del postre. Lo imitamos, barremos con los dedos nuestro labio superior y la visita sonrío: “Parecen conejitos”. Son pocos los visitantes a medio día. Si acaso uno o dos que se limitan a escuchar religiosamente al abuelo. Casi nadie habla, sólo él, mamá a veces. Para nosotras, lo principal son las buenas maneras: no dejar nada en el plato. Un mediodía mamá olvida cortarnos la carne, a Sofía mi hermana y a mí. El maître d’hôtel cambia los platos y se lleva los nuestros intactos. Después ríe de su olvido, la oigo reír, me gusta su risa, su boca sobre todo.



El agua está muy caliente, nunca ha salido así, pero me meto, que no note nada. Aquí viene, sonrío, me va a sonreír a mí.

Entre sus dientes hay una abertura.

-¿Está buena su agua?

-Sí.

-¿Así la acostumbra?

-Sí, sí.

Se acerca a mí. Sobre el borde de la tina apoya sus manos. Me fijo en la izquierda. Con destreza se quita del anular un tubito de gamuza beige amarrado a su muñeca. Y veo. Veo su dedo mocho; apenas el inicio de un dedo. Deja el parche de gamuza sobre el lavabo y sonrío por segunda vez y de nuevo relampaguea la abertura entre sus dientes frontales.

-Le voy a tallar la espalda y el cuello...

-Yo puedo, Mademoiselle.

-No, no puede.

-Le aseguro que puedo.

-No, Mariana.

El dedo mocho, el dedo sin ojo, el gancho, el dedo tuerto, sin luna blanca.

-Páseme el jabón y el guante.

-No los tengo.

-Están a sus pies, los veo adentro del agua. Apúrese, no tengo tiempo que perder.

Extiendo el brazo con docilidad. Al salir me envuelve en una enorme toalla blanca con capuchón.

–Séquese usted misma, eso sí puede hacerlo.

No me seco, tiemblo. Mademoiselle va por mi hermana.

Entre tanto se vacía la tina en un ruido de remolino; también quisiera irme, así como el agua, de un solo jalón. Mademoiselle regresa:

–No encuentro a su hermana. En verdad, es desobediente. Séquese por favor, póngase su camisón y su bata.

El baño de Sofía es una tormenta. Rasguña, pateo, el agua va y viene y la oigo estrellarse sobre el piso de mosaico. “¿La piedra pomez?”, inquiera Mademoiselle y Sofía aúlla en medio de los ajiolones: “¡Nounou, Nounou!” Los sollozos se clavan en las olas. ¿Estará ahogándose a propósito? La Mademoiselle ha cerrado la puerta del baño para apagar los gritos. Por fin salen las dos, la Mademoiselle agitada, con mechones sobre la frente, Sofía enrojecida de tanto gritar. Yo también tengo toda el agua de la tina en los ojos; escurre y escurre y no puedo cerrar la llave.

Mademoiselle finge no verlo; si lo ve, piensa que es pedagógico no darle importancia. Toca el timbre.

–Les van a subir su cena.

Nounou jamás lo habría hecho; bajaba a la cocina a verificar el contenido de las charolas, a palabrear con el chef, era amiga de los demás domestiques, antes de la cena nos regalaba aquel ratito de juego en bata.

Entra el maître d’hôtel con las dos charolas y las coloca en la mesa redonda en la que también extendemos nuestros rompecabezas de muchas piezas de madera que Sofía quiere hacer embonar a fuerza martilleándolas con la palma de la mano: “Allí no va, Sofía, ¿qué no estás viendo?” “Sí va, sí va porque yo quiero que vaya.” Mademoiselle levanta las campanas. Ayer ése era nuestro privilegio. Con el brazo todavía en el aire indica:

–Traiga usted también mi charola. La señora duquesa ha dado órdenes para que tome mis alimentos con las niñas.

Sofía grita:

–¿Comer con nosotras? ¿Por qué? ¿Por qué? ¿No es justo!

Patalea, se jala el pelo, Mademoiselle la mira, el maître d’hôtel se da la media vuelta y trae la charola en un santiamén. Sofía deja caer sus mocos en la sopa, hace un ruido desmedido. Mademoiselle advierte:

-No quisiera verme en la necesidad de tener que castigarla la primera noche de mi llegada.

Las tres comemos o hacemos que comemos. Mademoiselle Durand ya no habla. También se ve triste. Le esperan tantos días de: "Sofía, tome usted su cuchillo con la mano derecha. Mariana, no se meta los dedos a la nariz; niñas, pónganse los guantes, no azoten las puertas, niñas flojas, niñas ajenas, niñas ajenas, niñas ajenas..." Sofía me lanza furiosas miradas negras. Yo me aborrego. "¿Qué culpa tengo yo, Sofía, de no tener la fuerza de dar de puntapiés contra los muebles?" Mademoiselle pregunta solícita, haciendo un esfuerzo:

-¿Quieren que les cuente una historia?

Sofía grita:

-¡Noooooooooooo!

-Y ¿usted, Mariana?

Se vuelve hacia mí en busca de apoyo pero la traiciono. Además, ¿qué historia puede contarnos? La única que me interesaría es la de su dedo mocho, pero soy demasiado miedosa para pedírselo.

-No, yo tampoco.

-Entonces vayan a lavarse los dientes y prepárense porque falta poco para que la señora duquesa venga a darles las buenas noches.

Sofía se indigna:

-Nounou nunca nos hace lavarnos los dientes en la noche.

-Nounou era una mujer del campo -dice en tono seco Mademoiselle Durand.

De pie frente a la ventana, hombro con hombro Sofía y yo vemos cómo afuera se oscurece el jardín.

-La señora duquesa se ha demorado, métanse ustedes a la cama; antes digan sus oraciones.

-Mi mamá nunca es puntual -le informa Sofía.

Nos quitamos las batas, rezamos en voz alta, poquito, muy poquito. Me cuelo entre las sábanas frías. Mademoiselle nos mira con timidez; no sabe si acercarse, si darnos las buenas noches, si apagar la luz, si estirar las sábanas para que no nos destapemos. Las tres estamos tensas y ella se ve descorazonada, los brazos le caen a lo largo del cuerpo con su ridículo dedo mocho pirateado dentro del falso dedo de gamuza beige (ese parche lo recortó de un guante viejo, pienso con sorna). Hace frente, sola, a la cruel hostilidad de la infancia. Nos miramos en